



LA FRATERNIDAD DE EIHWAZ

CÉSAR MALLORQUÍ



Intriga, misterio, terror..., unas gotas de seducción y una fuerte dosis de aventura. Personajes del pasado y del presente confluyen y discurren por las páginas de esta novela. Todo comienza con la llegada de Óscar a Orballo de San Buenaventura, un tranquilo pueblo de la costa gallega, cuna de su familia. O quizá todo comenzó mucho antes, muchos siglos atrás...

Quisiera agradecer la colaboración de los buenos amigos que me ayudaron mientras escribía *La Fraternidad de Eihwaz*. Gracias, pues, a José López Aguiar, Pepiño de Currelos, que tradujo para mí al gallego. Y a Helmut Brokelmann, que me ayudó con el alemán. Y a Tomás Arriaga, cuya asesoría técnica fue —y sigue siendo— vital para la buena marcha de mi procesador de textos. Y, como siempre, estoy en deuda con María José Álvarez, que me echó una mano con el inglés y me ayudó a corregir el primer borrador de esta novela.

Muchas gracias a todos.

Este libro es para Óscar, mi gigante grande.

Prólogo: La isla

Se llamaba Moisés Abravanel y, a menos que lograra llegar al embarcadero antes de que sus perseguidores le dieran alcance, moriría. Por eso avanzaba a la carrera a través del sendero, entre árboles y arbustos, con el corazón palpitando alocadamente en su pecho. Pero aquél era, sin duda, un ejercicio excesivo para un anciano grueso y sedentario de más de setenta años de edad, de modo que Moisés se vio obligado a detenerse para recuperar el resuello.

Apoyado contra el tronco de un árbol, con el aliento silbando a través de su garganta como el gemido de una vieja locomotora, miró en derredor. Aquella noche la luna llena flotaba radiante en un cielo despejado, de modo que había buena visibilidad. Se hallaba en un pequeño claro del bosque, una zona herbosa casi circular en cuyo centro se alzaba un pequeño menhir profusamente cubierto de signos geométricos. Aquel lugar se encontraba a no mucha distancia del embarcadero. Moisés enjugó el sudor de su frente con la manga de la chaqueta. Quizá pudiera lograrlo, quizá aún estaba a tiempo de llegar a la lancha y abandonar la isla, alcanzar la costa y advertir a la policía sobre lo que estaba ocurriendo.

Pero ¿y si lo apresaban? Le matarían, por supuesto, aunque eso carecía de importancia. Lo esencial era que, si moría, nadie sabría lo que estaba ocurriendo, y ellos podrían llevar a cabo sus planes con total impunidad. Moisés maldijo para sus adentros el no haberle contado a nadie lo que sabía, ni haber dejado constancia en alguna parte de aquella siniestra historia.

Contuvo la respiración. Un momento: sí había escrito algo... Sacó del bolsillo interior de su chaqueta un bloc de notas encuadernado en piel. Allí estaban sus apuntes de campo, incluyendo los que hacían referencia a los misteriosos sucesos acontecidos en la isla. Si él moría, ese cuaderno constituiría el único testimonio del terrible plan de Eihwaz, aquella abominación que todos consideraban extinguida desde hacía medio siglo. Tenía que esconder el bloc, pero ¿dónde? Debía hacerlo en un lugar que pasara inadvertido a sus perseguidores, pero que a la vez pudiera ser localizado por quienes se ocuparan de investigar su muerte... si es que finalmente moría. Buscó con la mirada un sitio donde ocultar el cuaderno. ¿Entre la maleza?... No, las primeras lluvias lo destruirían. Tenía que ser un escondite cerrado, quizá el hueco de un árbol, o...

Moisés contempló el menhir que se alzaba en medio del claro, una roca sin desbistar clavada verticalmente en el suelo. Sí, ése era el lugar adecuado. Moisés se puso de rodillas y apartó las hierbas que crecían en la base de la piedra. Como recordaba, allí, al pie del menhir, había un pequeño agujero, la entrada de lo que en otro tiempo había sido la madriguera de un conejo. El anciano introdujo sin vacilar el cuaderno dentro de aquella oquedad y luego tapó la abertura con una piedra.

Estaba incorporándose cuando, por el rabillo del ojo, creyó advertir un movimiento a su derecha. Permaneció unos segundos atento, pero a sus oídos sólo llegó el sonido de la brisa acariciando las copas de los árboles, el canto de los grillos y el lejano rumor del oleaje. Moisés suspiró. Allí no había nadie; sin embargo, hubiera jurado que un momento antes había visto un par de ojos, entre las ramas, espíandolo. Sacudió la cabeza. Estaba nervioso, imaginaba cosas. Entonces escuchó unas voces, y ruido de pasos avanzando por el sendero. Eran ellos, los vástagos de las Fuentes de la Vida, los hijos de la oscuridad. Eihwaz.

El anciano profirió una muda maldición, «*scheisse*», que en *yiddish* significa mierda. Había tardado mucho en ocultar el cuaderno de notas y sus perseguidores se habían aproximado peligrosamente. Moisés echó a correr de nuevo. Estaba agotado, pero el miedo le empujaba a seguir adelante, sin prestar atención a las ramas que le azotaban el rostro o a las zarzas que arañaban su piel. Al poco comenzó a jadear. Le dolían las piernas y notaba un ardor en el pecho. Todos y cada uno de sus viejos músculos parecían protestar por aquel inusitado exceso de ejercicio físico; pero en su mente sólo había un objetivo: llegar al embarcadero. Salvarse.

Quizá por eso, Moisés no se dio cuenta de que alguien le seguía a corta distancia, un extravagante personaje que corría junto a él, pero no por el sendero, sino a través del denso follaje, allí donde no podía ser visto. El desconocido se movía entre la vegetación con asombrosa agilidad, sin hacer el menor ruido, sin rozar una rama, como un lobo sigiloso acechando a su presa en la oscuridad.

Se llamaba Hack y pertenecía al clan de los Hombres Verdes. Su presencia suponía un reto a la lógica y al sentido común. Pero ahí estaba, oculto entre las frondas de un bosque que no era el suyo, en un país extraño y enigmático, testigo involuntario de un drama cuyo significado no podía comprender.

Hack tenía un aspecto realmente peculiar. Era de baja estatura, pero de recia y fibrosa complexión. Sus largos cabellos negros iban recogidos en una trenza y el mentón aparecía cubierto por una espesa barba. Vestía una camisa de cuero teñido de verde y unas polainas del mismo material. Un cinturón trenzado sujetaba el corto taparrabos de piel que pendía por delante y por detrás de su cintura como un faldellín. Se cubría los pies con unos mocasines de cuero y la cabeza con un gorro triangular de piel. También llevaba un zurrón colgando de su hombro derecho y un car-

caj lleno de flechas del izquierdo. En la mano portaba un largo arco de madera.

Pero lo más extraño eran las marcas que cubrían su piel. Porque Hack tenía el rostro cuajado de tatuajes verdosos, así como los brazos, el pecho y la espalda. Eran las marcas sagradas del clan de los Hombres Verdes y los signos representativos de su línea genealógica: la estirpe de los Ckuchlainn.

Si el profesor Moisés Abravanel, doctor en Historia del Arte y Arqueología, hubiese podido echar una mirada a Hack Ckuchlainn, habría pensado que aquello era un imposible, una paradoja, un enigma. Pero ahora lo único importante era procurar que a cada paso le siguiera otro, continuar corriendo sin prestar atención al dolor que punzaba su abdomen y al fuego que abrasaba sus pulmones. Seguir el sendero sin detenerse.

Huir. Correr. Escapar.

Al doblar un recodo, Moisés tropezó con las raíces de un árbol y cayó violentamente al suelo. Permaneció unos instantes boca abajo, aturdido. Luego intentó incorporarse, pero una punzada en su pierna izquierda le hizo desplomarse de nuevo. Se había torcido el tobillo al caer y ahora le ardía de dolor. Apoyó la cabeza en el suelo. Era tan tentadora la idea de quedarse ahí, tumbado, sin moverse, descansando... Pero eso significaba la muerte. No obstante, ¿qué podía hacer? Con un pie inutilizado le resultaría imposible escapar.

La brisa transportó las voces cada vez más cercanas de sus perseguidores.

Era el fin.

Un momento: por detrás de las voces percibía otro sonido. Era el rumor sordo de las olas batiendo contra las rocas, y sonaba cercano, muy cercano. Moisés se apoyó en un codo e intentó distinguir lo que había al final del sendero. Vio una luz parpadeando entre las hojas. ¿Una luz?... El resplandor de la Luna brillando sobre el mar. ¡Estaba al lado

del embarcadero! El anciano se arrastró por el suelo, cogió una rama caída y, apoyándose en ella como si fuera un bastón, logró incorporarse. Luego, siempre aferrado a aquel palo rugoso y áspero, avanzó trastabillando unos metros. El sudor le corría a raudales por la frente y el cuello.

Moisés encajó la mandíbula y se obligó a sí mismo a continuar andando. Faltaba muy poco. Siete u ocho metros, tan sólo unos cuantos pasos más. Con un último esfuerzo, recorrió el tramo final del sendero y se adentró en una pequeña playa de guijarros. Se detuvo, jadeante, enjugó el sudor que nublaba su vista y contempló con renovados ánimos el embarcadero de madera.

La sangre se heló en sus venas. Un yate negro de quince metros de eslora se encontraba anclado junto a su lancha. Aquel barco, que ostentaba el ominoso nombre de *Leviatán*, no debía estar ahí, como tampoco debían estar ahí los cinco individuos armados con ametralladoras que, desde el maderamen del embarcadero, le contemplaban impasibles. Pero allí estaban, y su presencia era una sentencia de muerte. Eran los guardianes de las Fuentes de la Vida. Sus verdugos.

El anciano se dejó caer de rodillas y aguardó en silencio. Los minutos se arrastraron lentamente. Moisés, agarrado con ambas manos a la rama que le servía de bastón, comenzaba a preguntarse cuál podía ser la razón de aquella demora, cuando de pronto distinguió un movimiento sobre la cubierta del barco. Se trataba de un hombre de unos treinta años, extremadamente alto y fuerte, con el pelo tan rubio que casi parecía blanco. Empujaba una silla de ruedas sobre la que descansaba un anciano de avanzada edad. Mientras recorrían el breve trecho del embarcadero, Moisés observó atentamente al inválido. Era un hombre muy viejo, de aspecto frágil y enfermizo. No quedaba ni un cabello en su arrugado cráneo y numerosas manchas hepáticas salpicaban su piel cenicienta. Tenía los ojos hundidos, pero su

mirada, en contraste con aquel cuerpo lisiado y caduco, estaba llena de energía y determinación.

Entonces, el anciano habló, y sus palabras no fueron un balbuceo senil, sino la voz grave y autoritaria de alguien que está acostumbrado a ser obedecido:

—Buenas noches, doctor Abravanel. ¿Qué hace fuera de casa, tan de madrugada, mi pequeño sabio?

¡Aquella voz! Moisés parpadeó, asombrado, mientras su memoria retrocedía medio siglo en el tiempo.

—¡Tú!... —exclamó con incredulidad—. ¡Pero si habías muerto!

—Al parecer, la noticia de mi fallecimiento fue un tanto exagerada. Pero no has sido el único en sorprenderte; yo también te creía muerto. Me sorprendí mucho al descubrir tu artículo en esa aburrida revista universitaria de Historia. *El Último Viaje del Haifisch*. Un título demasiado melodramático para un texto tan académico, ¿no crees? Sin embargo, nos ha conducido hasta aquí.

El rostro de Moisés se contrajo en un rictus de dolor cuando, por descuido, apoyó en el suelo su pie lastimado. Pese a ello, se incorporó trabajosamente, enderezó la espalda y logró componer una actitud medianamente digna.

—Los buitres sois capaces de olfatear los despojos a gran distancia —dijo, con desprecio—. ¿Qué has venido a buscar? ¿*La Madonna del Cisne*?

—*La Madonna del Cisne* y todo lo demás. A fin de cuentas, nos pertenecía.

—Lo robasteis —replicó Moisés.

—Lo conquistamos —le corrigió el viejo—. Aunque pueda resultar sutil, existe una gran diferencia entre el robo y la confiscación.

—Siempre te gustó jugar con las palabras. Pero de nada te valdrá esta vez. Os he descubierto y ya he denunciado a la policía vuestra presencia en la isla.

El inválido permaneció unos instantes silencioso, inexpresivo. Repentinamente, se echó a reír. Su frágil cuerpo se

agitó al compás de las cada vez más intensas carcajadas, hasta que, de pronto, la risa se trocó en un acceso de tos.

—Estás mintiendo —dijo el anciano cuando recuperó el resuello—. Hace tiempo que te mantenemos bajo vigilancia. Sabemos que sólo te has puesto en contacto con el profesor Ben Shazar, y no le contaste nada. Ni a él, ni a nadie. Y no lo has hecho porque no sabes nada de nosotros, amigo mío. Nada.

—Sé lo suficiente —dijo Moisés, y añadió—: Sé que sois Eihwaz.

Por un instante, los ojos del viejo inválido se ensombrecieron.

—Palabras —dijo despectivo—. Eso es todo, palabras cuyo significado desconoces. Resultas patético, Moisés. Cuando te conocí no eras más que un joven siervo, dócil y sumiso, y ahora, cincuenta años después, continúas siendo un miserable siervo, sólo que ridículamente viejo y decrepito.

Moisés se echó a reír. Su futuro no podía ser más negro, pero aquello tenía gracia. Además, estaba harto de esa situación; no hacía falta ser un adivino para saber cómo iba a acabar todo, así que más valía terminar cuanto antes.

—¿Tú me llamas a mí viejo y decrepito? —dijo con una sonrisa sardónica—. Mírate en un espejo. Pareces un saco de huesos lleno de moho. Estás podrido y lisiado. ¿Cuánto tiempo hace que no funcionas como hombre? Seguro que tu *shmuck* parece un espagueti cocido, tan muerto como tus piernas.

El rostro del inválido palideció.

—Hay algo que la escoria como tú nunca ha aprendido a hacer —musitó—: guardar el debido respeto —levantó la mano derecha, una zarpa retorcida por la artrosis, y le hizo un gesto al gigante rubio—. Renard, ¿por qué no le das al pequeño sabio una lección de buenos modales?

—Será un placer, señor —dijo el gigante.

Renard no era su auténtico nombre, pero eso no resultaba extraño; ninguno de los miembros de Eihwaz usaba jamás su nombre real. Él se llamaba Renard, el zorro, y aquel apodo no era arbitrario. Pese a su inmenso tamaño, más de dos metros de altura y ciento quince kilos de peso, Renard se desplazaba con la ligereza y agilidad de un zorro. En un instante se situó frente a Moisés y desenvainó lentamente el cuchillo de caza que llevaba sujeto al cinto. Moisés intentó tragar saliva, pero tenía la boca seca. Apoyándose en un solo pie, esgrimió la rama como si blandiera un bate de béisbol. Parecía un ratón desafiando a un tigre.

—No te acerques... —advirtió, con escasa firmeza.

Renard sonrió y avanzó.

—Si das otro paso, te golpearé —las manos de Moisés temblaban.

Renard sonrió, aún más ampliamente, y dio otro paso. Moisés encajó la mandíbula e intentó golpear al gigante, pero éste se limitó a arrebatarle el palo de un manotazo, para luego descargar la empuñadura de su cuchillo sobre el cráneo del anciano. Moisés se derrumbó inconsciente sobre el suelo cuajado de guijarros.

—Gracias, Renard —resonó la voz del anciano—. ¿Te importaría llevarme al barco? Esta brisa es demasiado fresca para mi gusto.

Renard subió corriendo al pequeño muelle y comenzó a empujar la silla de ruedas en dirección al yate. De pronto, el inválido alzó una mano, indicándole a Renard que se detuviera. Giró la cabeza y se dirigió a los siervos de Eihwaz.

—Quitad de mi vista esa basura —señaló con un sarmentoso dedo el cuerpo exánime de Moisés—. Arrojadle al mar y aseguraos de que las aguas se lo traguen.

Volvió la mirada al frente e hizo un nuevo gesto. Renard empujó la silla de ruedas a lo largo del embarcadero y ambos desaparecieron, finalmente, en el interior del barco.

A unos diez metros de la playa, oculto entre la maleza, el Hombre Verde contemplaba la escena con el ceño frunci-

do. No entendía el idioma de aquellos extraños, pero en términos generales la situación parecía clara. Los hombres-pez habían perseguido y acorralado a un anciano indefenso; luego el gigante de nieve le había golpeado en la cabeza y, ahora, los hombres-pez arrastraban su cuerpo hacia la canoa pequeña. Desde luego, no había sido una lid muy justa. Una docena de hombres jóvenes contra un viejo... En aquella lucha no podía haber honor ni gloria, sólo vergüenza.

A decir verdad, durante un instante Hack estuvo a punto de intervenir. Incluso llegó a montar una flecha en el arco. Desde el lugar donde se encontraba le hubiera resultado sencillo atravesar la garganta del gigante y abatir acto seguido a cuatro o cinco de sus compañeros. Luego, los restantes hombres-pez le habrían perseguido. Pero el bosque era su reino, allí Hack hubiera acabado con ellos uno a uno, como un hálito letal, como un cazador invisible.

Sin embargo, Hack optó finalmente por mantenerse al margen. Era un individuo pragmático y en su decisión habían pesado diversas razones. En primer lugar, aquella lucha no era su lucha. En segundo lugar, allí intervenía, indudablemente, la magia. Y si bien Hack no temía a ningún ser vivo, sentía, por el contrario, un gran respeto hacia las fuerzas sobrenaturales. La última y más poderosa razón era el anciano oscuro. Aquel hombre tan viejo, montado sobre un pequeño carro, era la encarnación del mal. Era un trasgo. Era B'gomo, la serpiente.

El Hombre Verde arrugó la nariz. Su finísimo olfato captaba el olor que surgía de la canoa grande. Olor a tierras malsanas, a fungosidades, a vegetación podrida. Hack retrocedió sigilosamente, se internó en el bosque y desapareció súbitamente entre las sombras.

Sí, Hack Ckuchlainn, del clan de los Hombres Verdes, era un gran cazador, un gran guerrero; pero se encontraba en tierra extraña y un forastero debe saber que, en ciertas ocasiones, lo más prudente es retirarse.

1. El hijo del mago

Óscar llegó a Orballo de San Buenaventura durante una soleada mañana de mediados de julio. Habían transcurrido seis años desde la última vez que estuvo allí, pero la imagen del pueblo que guardaba en su memoria parecía coincidir punto por punto con lo que ahora veía. El viejo cementerio, la iglesia románica frente a la plaza, las casas de piedra amontonándose a lo largo de la pronunciada cuesta que descendía hasta la playa, las calles adoquinadas, los soportales, el pequeño puerto de pesca al pie del acantilado, incluso las gaviotas volando en círculos por encima del malecón. Todo seguía igual.

—¿Lo recuerdas? —le preguntó Carlos, su padre.

Óscar asintió mientras contemplaba el paisaje a través de sus gafas de sol. Estaban sentados uno al lado del otro, en los asientos delanteros del coche. Carlos había parado en el arcén, en un lugar desde el cual podía divisarse toda la población. El motor del automóvil ronroneaba suavemente.

—De modo que aquí naciste tú —comentó Óscar.

—Hace cuarenta y dos años —Carlos esbozó una sonrisa soñadora—. Mi madre me tuvo en casa, sobre la misma cama en que me había concebido. Según parece, de no ser por don Elías, el cura, mi abuela habría preparado un caldo hecho con huesos de difunto y se lo habría dado a mi madre.

—¿Por qué? —preguntó Óscar, alarmado.

—Dicen que es bueno para el parto. Una superstición, por supuesto; recuerda que ocurrió hace mucho.

—Pero eso del consomé de cadáver es una pasada.

Carlos suspiró.

—Te voy a contar algo: Orballo de San Buenaventura se encuentra en el rincón más apartado de Galicia, en medio de la Costa de la Muerte. Sus habitantes se precian de ser descendientes directos de los antiguos celtas y, como sabes, los celtas no le hacían ascos a eso de comerse de vez en cuando a algún prisionero. Pues bien, yo nací en Orballo y tú eres mi hijo, de modo que por tus venas corre sangre de caníbal. Así que no te escandalices por los remedios caseros de tu bisabuela.

—¿Dónde está la casa? —preguntó Óscar.

—¿No te acuerdas? Claro, eras muy pequeño —Carlos señaló con un dedo—. Ésa del tejado rojo, allí, frente a la playa.

Óscar observó en silencio el lejano edificio. Luego elevó la mirada y contempló el blanco bullir de las olas rompiendo contra la playa. Un poco más allá, el mar adquiría un color intensamente azul que poco a poco se difuminaba al fundirse con la bruma. Y tras la neblina... ¿Qué era aquella masa oscura?

—¿Qué es eso? —preguntó Óscar—. Allí, en el mar. Entre la niebla.

Carlos miró en la dirección que le indicaba su hijo.

—Ah..., la isla.

—¿Una isla? No recuerdo que hubiera ninguna isla. ¿Cómo se llama?

—Xas —contestó Carlos mientras arrancaba el automóvil.

Óscar apoyó la cabeza en el respaldo y contempló el paisaje a través de la ventanilla. Los árboles pasaban a su lado como fugaces borrones verdes, ocultando en ocasiones el pueblo, el mar, la niebla y la lejana isla de Xas.

* * *

Nada más entrar en la casa, los recuerdos volvieron en tropel a la memoria de Óscar. Reconoció al instante la escalera que conducía al piso superior, con el pasamanos de madera que de pequeño usaba como tobogán. Y el patio trasero, donde su abuelo le construyó una cabaña hecha con leños de pino. Y la gran chimenea del salón, con sus salamandras de hierro forjado. Y el corral, ahora vacío, donde había pasado tardes enteras persiguiendo a las gallinas o contemplando cómo el gato cazaba ratones. Todo aquello le devolvía a una época lejana y mejor, cuando todavía era un niño y el mundo parecía un lugar lleno de maravillas y prodigios.

Óscar subió su equipaje al piso de arriba y eligió uno de los dos dormitorios que daban al mar. Abrió la ventana, permitiendo que la habitación se llenara de luz, y deshizo rápidamente el equipaje. Guardó sus ropas en un vetusto armario de madera que olía débilmente a manzanas y a membrillo, y sus libros sobre la mesilla de noche. Media hora más tarde se reunió con su padre en la planta baja y se encaminaron hacia la única casa de comidas que había en el pueblo. Era un trayecto muy corto, pero tardaron casi veinte minutos en recorrerlo, ya que Carlos tuvo que detenerse a saludar a todas y cada una de las personas con las que se iba encontrando por la calle.

«¿Cómo usted por aquí, don Carlos?». «¡Dichosos los ojos, señor Leyva!». «Cuánto tiempo sin verle». «Carlitos, rapaz, ¿qué *carallo* haces aquí...?».

Finalmente lograron llegar a la fonda, donde les sirvieron caldo de grelos y un guiso de carne realmente sabroso. Al llegar los postres, la puerta del comedor se abrió para dar paso a un sonriente cura septuagenario.

—¡Carlitos Leyva! —dijo—. ¡Después de tantos años de ausencia te presentas en Orballo y ni siquiera vienes a saludarme!

—¡Padre Elías! —Carlos se levantó de la mesa y corrió a abrazarle—. ¡Cuánto me alegro de verle, padre! Pues claro